

Políticos despistados

Coronel (R) Héctor Álvarez Mendoza

Miembro Comité Editorial de la Revista Fuerzas Armadas

DOI: <https://doi.org/10.25062/0120-0631.4834>

Érase una vez, en la plaza pública de alguna ciudad colombiana, durante un mitin de campaña ante un abigarrado auditorio de jóvenes partidarios y seguidores, un conocido político, candidato a un cargo de elección popular, en el transcurso de una de sus acaloradas intervenciones, y que se refirió a las facilidades y a los ambiciosos programas de educación incluidos en sus propuestas de gobierno para propiciar el acceso, de inmediato y sin obstáculo alguno, de todos los bachilleres colombianos a la educación superior. Hasta ahí, todo razonablemente acorde con las promesas electorales típicas de cualquier campaña política.

Luego, en un injustificado giro de su parlamento, se despachó con una perla oratoria, en la cual hizo referencia a la Fuerza Pública colombiana en términos innecesariamente desobligantes y peyorativos, que pusieron en evidencia la recurrente tendencia de algunos políticos a las afirmaciones apropiadas “*para la galería*”, efectistas, vacías y sin fundamento, con notoria falta de respeto y consideración para con las instituciones, lo que muestra una lamentable carencia del tacto y la visión del estadista, virtudes indispensables para un buen político y condiciones absolutamente imprescindibles para un candidato coherente y serio a cualquier

cargo de representación popular en el entorno de una democracia respetable.

En efecto, en alguna de estas reuniones, uno de tales candidatos, probablemente embriagado por los vítores y los aplausos, afirmó, sin pudor alguno, que por falta de oportunidades para acceder a estudios superiores, muchos jóvenes bachilleres colombianos se veían obligados, las mujeres a prostituirse o embarazarse, y los varones, a ingresar a pandillas de paramilitares y narcotraficantes o engrosar las huestes de otras alternativas ocupacionales consideradas poco dignas o, a falta de mejores opciones, unas y otros, a meterse de soldados o policías. En esa oportunidad, dicha barrabasada fue recibida como un injusto baldón entre el personal de nuestras Fuerzas Armadas (FF. AA.) y de la Policía Nacional, que a diario salen de sus muy dignos hogares con la incertidumbre de no saber si al final de su extenuante jornada podrán regresar a encontrarse, compartir y cuidar de sus propias familias.

Dura obligación que a menudo supone velar por la tranquilidad y el sueño de los miembros de la comunidad de su jurisdicción sin esperar nada a cambio, ni siquiera el reconocimiento, ni el respeto ni la consideración de sus conciudadanos, principal objetivo de sus desvelos.

Apostolado diario que incluye entre sus obligantes deberes la protección personal contra todo riesgo de personajes como los mismos políticos irreverentes y deslenguados por cuya seguridad y defensa, soldados y policías están dispuestos a jugarse el pellejo y a interponer su propio cuerpo como escudo, para evitar que huevos podridos, escupitajos, guijarros o balazos pongan en riesgo la integridad y vida de sus protegidos, sin importar que, en vez de un trato amable, agradecido y, al menos, respetuoso, reciban como estipendio por su entrega desconsideradas alusiones insultantes, como en este caso, o tal cual coscorrón, “*retención*” o humillante “*cercos humanitarios*”, como ya ocurrió en el inmediato pasado y ha seguido repitiéndose y soportándose con chocante frecuencia en los últimos tiempos.

Muy mal mensaje el de cualquier político, candidato o gobernante de quien, dado su esperable bagaje intelectual, formación y experiencia política, se esperarían que conociera —superficialmente, al menos— las condiciones actuales de formación académica y profesional de los servidores de las Fuerzas Militares (FF. MM.) y de la Policía Nacional, de las exigencias intelectuales que en la actualidad deben satisfacer los aspirantes a ingresar



Foto: Archivo Policía Nacional

a cualquiera de las ramas de la Fuerza Pública de nuestro país. Afortunadamente, son ya lejanos y están superados los tiempos en los cuales ser soldado o policía equivalía a observar comportamientos de *chafarote* y, por descontado, considerar que su condición profesional era sinónimo de ignorancia y falta de pupitre.

Las profesiones del militar y del policía son hoy tan respetables como siempre, aunque actualmente sometidas a procesos de selección, reclutamiento, formación y entrenamiento cada día más rigurosos y complejos. A las escuelas de formación de oficiales, suboficiales y agentes de policía, en sus distintas especialidades —como las de vigilancia urbana, vigilancia rural o de carabineros, guías de perros de policía especializados en detección de narcóticos y explosivos o de policía judicial y de investigación científica, experticias

tecnológicas en ciberseguridad, vigilancia aérea con recursos de ala fija, helicópteros y mediante el uso de drones, entre otras especialidades—, acuden hoy alumnos procedentes de cuerpos policiales de muchos países amigos: entre otros, Argentina, Chile, México, Panamá, Perú, Costa Rica, España, Ecuador, Bolivia, Guatemala, Brasil, El Salvador, Honduras y Venezuela.

Las diferentes academias especializadas de nuestras FF. AA. y la Policía Nacional, tales como la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, la Escuela Militar de Cadetes “José María Córdova”, la Escuela Naval “Almirante Padilla”, la Escuela Militar de Aviación “Marco Fidel Suárez”, el Centro de Altos Estudios Policiales y la Escuela de Cadetes de Policía “General Santander”, han tenido permanentemente profesores locales e invitados extranjeros, que

proviene de las universidades y centros de estudio más prestigiosos del mundo, dueños de encumbrados títulos, elevados perfiles académicos y profesionales y con alumnos procedentes de FF. MM. y policiales de numerosos países amigos: Argentina, Brasil, Perú, Chile, Estados Unidos, República Dominicana, Corea del Sur y Guatemala, que aquí adelantan cursos de Estado Mayor, altos estudios militares y de policía, y donde se otorgan títulos en especialidades ajustadas a las necesidades y exigencias de la tecnología y la docencia más moderna y actualizada del mundo.

La población docente y discente de instituciones policiales y militares extranjeras no ha procurado su presencia en nuestras aulas con propósitos turísticos ni de simple intercambio cultural. Aquí buscan, encuentran y divulgan programas de

alto nivel académico, serios y bien estructurados en cada una de las materias de su interés profesional, avalados por calificaciones ajustadas a rigurosos procesos estandarizados de evaluación reconocidos en todo el mundo. En los centros de formación y en los sistemas operacionales de nuestras FF. AA. y en la Policía Nacional, que algunos políticos despistados juzgan tan a la ligera y con tan lamentable ignorancia y desparpajo, ni las diligencias ni los procesos se improvisan, y por ello hoy no es posible acceder a sus filas como alternativas dignas de ser elegidas tan solo en tiempos de crisis o ante la ausencia de mejores alternativas, como las que se plantean en algunos de sus desinformados y erráticos discursos basados en argumentos y afirmaciones que —en este tema, por lo menos— constituyen un auténtico

“chorro de babas”.

Adicionalmente, tampoco es muy inteligente suponer que la solución de todos nuestros males y carencias está en llenar el país de más y más “doctores” y profesionales mediocres y mal remunerados, dedicados, en todas sus especialidades, los del campo de la salud, a estirar y disimular arrugas, levantar nalgas y pechos escurridos, pero cuyos pacientes se mueren de cualquier cólico *miserere*; o de ingenieros y calculistas cuyas estructuras, edificios y puentes se tuercen, se arrugan o se derrumban; o de expertos en conducta humana que se dedican a pontificar sobre casos que sabe todo el mundo con palabras que no conoce nadie; o de comunicadores que, oralmente o por escrito, atropellan y maltratan las palabras, ni de abogados “de garaje” dedicados a “cranear” la forma más expedita de hacerle

fintas a la ley, propiciar negocios y “torcidos” y, de paso, esquilmar a su confiada clientela de pensionados, viudas y demás poderdantes.

Nuestra amable sugerencia, respetados gobernantes y políticos de nuestra querida Colombia, es que se acerquen a esas escuelas y centros de formación y perfeccionamiento profesional, a fin de observar de cerca y conocer en qué condiciones y con qué calidad de herramientas se forja ese policía solitario, que ven pasar a diario por las calles en sus tareas de vigilancia preventiva, y esos soldados que, llueva o truene, se desplazan en permanentes patrullajes por los campos de nuestra patria para garantizar la seguridad de las comunidades y la integridad de nuestra soberanía. Estamos seguros de que muchos de ustedes se van a llevar una grata sorpresa. 🇵🇪

Foto: Archivo Escuela de Posgrados Policía Nacional

